



CAPITULO III

Tolerancia y amoríos

CONVÉNZASE usted, don Pancho: el bacalao ha de ser con chile, sin aceite y sin orégano, pues echárselo es perderlo.

— Pero nunca llegará usted á probarme, señor capitán, que eso sea bacalao á la vizcaína ni cosa que lo parezca. El bacalao á la vizcaína debe rehogarse en aceite; de otro modo es una solemne mamarrachada, dicho sea con perdón de quien piense otra cosa.

— Ni usted me demostrará jamás que ese aceite convenga al bacalao á la veracruzana, que es el que yo defiendo y sostengo.

— Ello es que éste con su pan rallado, su pimienta, ajos y zumo de limón, está para alabar á Dios.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFUNSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

— Ya que hemos comido tan bien y tan bien nos hemos despachado, dígame si tiene ya listas las cosas para la sesión de hoy.

— Todo está arreglado como puede ver su merced; las bandas verdes que dicen:

Viva la religión y muera la tolerancia,

las otras blancas que contienen los dísticos que nos improvisó el padre Magna Gracia y las amarillas destinadas á los nuestros, á los hombres de bien que atacan la maldita libertad de conciencia.

— ¿Y qué dísticos hizo el italianito? Léalos usted, que deben de ser cosa buena.

— Oiga usted y deléitese:

En el empíreo ya grabado queda
El nombre del ilustre Castañeda.

— Muy bien; nada más justo que alabar á ese atleta que tan bien se ha manejado en esta discusión. Diga usted otros.

— Ahí van:

Viva la religión; muera el impío;
Excremos por siempre al extravía.
Si queréis religiosa tolerancia,
Querréis también revolución de Francia.

Que muera el bando vil del desenfreno;
Mueran Zarco, Ramírez y Moreno.

— Eso está de perlas; ni escrito por Monseñor Munguía. Vamos á otro.

— Nada más hay dos.

Antes morir que veamos profanados
Los altares á Cristo consagrados.
¿De cultos libertad? No la queremos.
Católicos lo somos y seremos.

— ¡Perfectamente; como de tan bella mano!

— Es que tenemos gente que sabe poner la pluma, amigo Quiroz. No nos parecemos á los liberalescos que no conocen la o por lo redondo. Dígame si no es para dar grima este amago de soneto que publica *El Heraldó*:

El vil conservador en su agonía
Abusa del candor de las señoras,
Acopia firmas de esas seductoras
Y por ellas se afana noche y día.
La opinión del Congreso como impía
Proclama sin cesar y á todas horas,
Y con manos inmundas y traidoras
Profana el santuario y galería.
Afanos perdidos, poco ilustrados

Cuando la libertad de conciencia
La reclaman el siglo y conveniencia.
Sí, pueblo, vuestros dignos diputados
Por vuestro amor trabajan con lealtad
Y harán del pueblo la felicidad.

— ¡Qué barbaridad!

— Pero ¿en qué consiste que nuestros atletas, los Pesados, los Arangos, los Seguras, los Roa Bárcena y tantos otros, en vez de ir al Congreso y poner en cintura á todos esos bellacos habladores, se están en su casa?

— Consiste, repuse yo, que encontré la oportunidad de meter baza, en que esos señores no salieron diputados, y si salieron, creyeron que se degradarían poniéndose á tú por tú con los progresistas.

— Con lo cual, repuso el nunca bien alabado Gordo, han dejado que los otros se despachen con la cuchara grande. ¡Cómo desearía que se hiciera lo que el otro día propuso un diputado!

— ¿Y qué fué, amigo Pancho?

— Friolera; recordó que en los conventos de los primeros cristianos había algo así como unas rejillas desde donde los catecúmenos, ó sea el pueblo, proponía cuestiones á los doctores.

— Y aquí, ¿vamos á dirigir preguntas á los diputados?

— Y á tomar parte, como personas de la galería, en cuanto se discuta en la camarilla.

— ¡Bueno estaría eso, Panchito!

— Ya le ajustaría sus cuentas al tal Mata, ese veracruzaniño presuntuoso que ayer se declaró Mesías, apóstol, mártir y confesor de la fe democrática.

— Y á Zarco, que llamó al romano Pontífice, Prefecto al servicio de Austria.

— Y á Gamboa, que insultó á las señoras que firmaron las exposiciones.

— Y á Cortés Esparza.

— Y á García Granados.

— Y á Ramírez, el charlatán sin conciencia.

— Y á Prieto, que comparó la actitud de las señoras firmantes de peticiones con la de Dido abandonada.

— Ese pillo que se atrevió á asegurar que la confesión auricular se convierte en instrumento de seducción si se envuelve en un Lovelace con el sayal que llevaron con gloria los Gantes y los Margiles.

— Y que la moral se viola cuando el seductor de la inocente virgen se parapeta con el altar para esquivar sus deberes de padre, su responsabilidad de adúltero.

— Pues andando, que si no cogemos campo nos quedaremos sin ver sesión, pues ha de sobrar concurrencia.

— Como que ahora se vota eso.

Gordo levantó en alto los brazos, echó tres erutos, sacudió la pereza, se levantó más que de prisa y se vistió el chaquetón de casimir.

— Vamos, vamos, pues, y dejaremos al amigo La Llana donde le parezca.

Hasta la escalera del Palacio marchamos juntos.



Yo me introduje en un palco desde donde Anarda había ocurrido á presenciar el zipizape parlamentario.

—¡Gracias á Dios que ha llegado usted, hombre! Temí que no se presentara y verme obligada á quedarme aquí hasta concluir la sesión.

Iba la muy pícara hermosa como nunca. Una chaqueta *basquiñé* permitía mirar la carne apretada, blanquísima y juvenil de su pecho. Un adorno de abalorio en las mangas hacía brillar sus brazos; al cuello llevaba un rebocillo muy tenue, muy tenue, de no sé qué tela verdosa. Los ojos en aquella semi-obscuridad lanzaban reflejos azulados; la voz era como aterciopelada.

—¿Qué me cuenta usted de amores? ¿Qué dice la famosa Trini?

—¡Por Dios, señora! ¡qué cosas tiene usted! Eso es his-



Hasta la escalera del Palacio marchamos juntos

toria antigua, negocio olvidado. Ya sabe usted que ahora tengo puestos mis ojos en algo más alto, más hermoso que todo aquello.

— ¡Hola! ¿conque sigue el juego de escondidillas?

— Bien sabe usted, señora, que ese juego es un secreto á voces.

— Pues dígame usted ese secreto, que harto me lo ha anunciado.

— ¿Necesito acaso halagarle á usted el oído diciéndole...?

— Calle usted, que ya Degollado se ha sentado en su silla y vamos á perder la sesión. Oiga usted.

— Sí, «Del Ministro de Hacienda, avisando que...» «El Gobierno participa quedar enterado...»

— ¿Y qué dice don Santos? Yo no entiendo media palabra de lo que habla ese hombre... No sé cómo pueda mandar tropa semejante sujeto.

— Pues dice: «de enterado con satisfacción», «de enterado con sentimiento», «de enterado y al archivo».

— ¡Qué fastidio!; esto dura más que un hábito de la Soledad... ¿Y á qué horas empieza la discusión?

— No sé; apenas entran los ministros: véalos usted, ya se colocan en aquel departamento, que es el suyo.

— Sí, ya les vi; en este momento saludaba á Lerdo. ¿Sabe usted que saldrá del gabinete nuestro grande hombre?